

# *Los silos de Morería (Mérida) y otros datos sobre el tránsito del Bronce Final a la Edad del Hierro en la provincia de Badajoz*



**JAVIER JIMÉNEZ ÁVILA  
TERESA BARRIENTOS VERA**

---

- I -

## **SILOS DEL BRONCE FINAL EN EL BARRIO DE MORERÍA (Fig. 1.1).**

### LA EXCAVACIÓN

El proyecto de construcción de un imponente complejo arquitectónico para acoger varias oficinas destinadas a la Administración Regional en el barrio emeritense de Morería provocó la correspondiente intervención arqueológica que se inició en 1990 y que aún no han concluido. La excavación está delimitada por las calles Morería, Avda. de Roma, y Almendralejo formando un gran triángulo rectangular que ocupa una superficie de más de 11.000 m<sup>2</sup>, uno de los espacios abiertos más extensos de toda la arqueología urbana europea. El solar se sitúa a pocos metros del Guadiana, en su orilla derecha, y, como era de esperar, está proporcionando una ingente información acerca de la ocupación histórica de Mérida desde su fundación hasta la época actual (Fig. 1.2). Más sorprendente ha sido, sin embargo, el hallazgo de restos de habitación prehistórica, únicos vestigios, hasta el momento, contextualizados de una ocupación anterromana de Mérida, y de los que aquí vamos a ocuparnos.

No es este el lugar de entrar en detalles y pormenores sobre la excavación del solar de la calle

Morería, tarea a la que en este mismo volumen se dedica una buena parte, por lo que nos ceñiremos puntualmente al análisis de estos vestigios prehistóricos y a comentar las conclusiones que de su estudio pueden derivarse, tanto en lo que aportan a la arqueología de Mérida como a la Prehistoria del Valle del Guadiana en general.

Los restos en cuestión aparecieron en marzo de 1993 y estuvo a cargo de su excavación Doña Teresa Barrientos Vera. Se ubican en la zona denominada de Presidencia, por ir destinada a alojar dicha consejería, y se hallaron al lado de una gran cisterna de época imperial romana, lo que ha propiciado su conservación, de modo que en la actualidad aún pueden contemplarse.

Se trata de dos depresiones redondeadas trabajadas en la roca natural cuya conservación ha sido verdaderamente providencial, pues todo el terreno circundante está afectado hasta el suelo natural por innumerables construcciones de época posterior (zanjas, piscinas, etc.) que han barrido cualquier otro vestigio de ocupación prehistórica que pudiera haber sobrevivido al tiempo (Fig. 2). La mencionada



cisterna, que se instala en una socavón de 5 m. de profundidad, ilustra a las claras este proceso destructivo.

Dentro de la nomenclatura aplicada en el yacimiento estas formaciones recibieron los números de unidades estratigráficas 4783 y 4788, sin que se distinguiera entre las subestructuras y sus respectivos rellenos. Pasaremos pues a describirlas someramente.

UE 4783: Subestructura en forma de cubeta redondeada de tendencia circular excavada en la roca natural diorítica. Conserva su perímetro completo y su diámetro varía entre 76 y 86 cm. La cota del fondo, tras su vaciado, fue de 214,85 m. s.n.m. (Lám. I.2) Estaba colmatado por un estrato de relleno formado por unas tierras amarillentas de aspecto arenoso y textura muy suelta mezcladas con restos de roca molida. La potencia máxima conservada es de 28 cm. Sobre esta unidad descansaba un muro de época tardorromana (UE 2437), cuya construcción fue sin duda la causante de la destrucción del resto de su desarrollo vertical. En su interior se localizaron algunos restos de huesos de animales y 21 fragmentos cerámicos, todos ellos elaborados a mano.

UE 4788: Subestructura similar a la anterior, pero de mayor tamaño, excavada como ella en el suelo geológico. Se aprecia igualmente su tendencia circular, a pesar de no conservarse íntegro su perímetro, ya que ha sufrido una destrucción en época actual. El diámetro conservado es de 1,10 m. (Lám. I.1). El estrato de relleno era similar a 4783, si bien la cantidad de material arqueológico fue sensiblemente superior. La cota del fondo se sitúa a 214,51 m. s.n.m. conservando una potencia máxima de 15 cm. Sobre esta unidad descansaban las UUEE 2440 y 2193, ambas de época altoimperial. La primera de ellas era un muro que se construyó tras practicar un fuerte rebaje en la roca; la segunda, un pavimento

de *opus signinum*. Las dos habían incidido directamente en la destrucción de la estructura que nos ocupa. También se recogieron en esta unidad algunos restos de huesos de mamíferos junto con 64 fragmentos de cerámica elaborada a mano y otros tres hechos a torno, fácilmente reconocibles, como restos de lucernas romanas.

Ambas subestructuras se hallaron muy próximas entre sí (apenas separadas por un par de metros) y situadas en una de las zonas más elevadas del yacimiento. Aunque la alteración geológica y topográfica que sufre el solar desde la antigüedad es notoria por motivos obvios, tales como el aterramiento provocado por el propio curso fluvial o la acción antrópica, es posible realizar una restitución topográfica aproximada. El enclave de los fondos debió haber sido la ladera de un alomamiento no muy pronunciado situado a la orilla del Guadiana. El hecho de que el fondo más alejado del río esté a 34 cm. por encima del otro podría contribuir a ratificarnos en esta idea de situación escalonada o en ladera, aunque también se puede achacar este dato a que las dos subestructuras tuviesen profundidades distintas. En cualquier caso, sí es conveniente señalar la ubicación en un entorno en que el cauce del Guadiana es fácilmente vadeable, circunstancia que no vuelve a repetirse en bastantes kilómetros a lo largo de su curso<sup>1</sup>.

Las características del registro y, sobre todo, las dimensiones de las estructuras animan a considerarlas como fondos de silos de almacén excavados en el suelo natural pertenecientes a un asentamiento tal vez algo más extenso, arrasado en su mayor parte por la larga serie de ocupaciones posteriores. Definirse sobre la extensión o la importancia del dicho asentamiento es poco menos que imposible, pero las condiciones topográficas animan a pensar más bien en un pequeño poblado abierto que en una gran concentración defendida por murallas.



## LOS MATERIALES

Los fondos de silos proporcionaron un número, si no numeroso, sí representativo de cerámicas, a las que acompañaban algunos huesos de animales. Todas las cerámicas recogidas están elaboradas a mano, salvo algunos fragmentos hallados en las cotas superiores de la UE 4788, que deben interpretarse como contaminaciones de la fase romana, pues se reconocen los característicos picos y discos de las lucernas de esta época. En general, se trata de producciones de buena calidad, predominando las cocciones en atmósfera oxidante y a elevada temperatura, que confiere a las paredes gran tenacidad. Los tratamientos son cuidados y suelen consistir en alisados finos o espatulados. La mayor parte son restos de paredes de vasos cerámicos lisos, pero se reconocen varias especies decorativas, algunas de singular interés.

### *Cerámicas lisas*

Están representadas en los dos fondos excavados. Se conservan algunos bordes que permiten reconstruir varias formas, a saber, cazuelas carenadas, grandes vasos de perfil en S y cuencos de paredes verticales.

Se han recuperado dos cazuelas, ambas de 4788. Una de ellas, aunque fragmentada, se halló en un notable estado de integridad (Fig. 3.1). Es de cocción oxidante y su superficie está espatulada con un objeto que deja una tenue huella, siendo bien reconocibles los trazos del trabajo, que, a pesar de su estructura reticular, no llegan a constituir decoración. Esta cazuela, de cuerpo de tendencia troncocónica y base plana, reproduce algunos de los perfiles propios del horizonte del Bronce Final en el Suroeste, cuyas tipologías han sido sistematizadas por D. Ruiz-Mata en varios trabajos<sup>2</sup>. Se aproxima bastante a la forma denominada Aa en

estas clasificaciones, especialmente a algunos perfiles procedentes del Bajo Guadalquivir<sup>3</sup>. El tipo se origina en la fase I preferencia y se mantiene hasta la fase II, siendo la característica de ausencia de escalón en la carena que presenta el ejemplar de Moreña más propia de los últimos momentos (fases I-II y II) que de los más antiguos<sup>4</sup>. En Extremadura estas cazuelas de cuerpo troncocónico no estaban hasta el momento presentes en los yacimientos del Bronce Final, circunstancia que sólo a la parquedad de ejemplares publicados puede atribuirse.

De la segunda cazuela o, tal vez, debido a su reducido tamaño, copa, sólo se conserva un fragmento de borde y carena (Fig. 3.2). Es una pieza de cocción irregular, mucho peor cuidada que la anterior y se averigua la forma del cuerpo en casquete esférico propia del tipo B de Ruiz Mata, de distribución y peculiaridades cronológicas similares al A<sup>5</sup>. Esta forma es mucho mejor reconocida en los yacimientos bajoextemeños, habiéndose recogido fragmentos en la mayor parte de los poblados hasta la fecha editados, algunos de ellos decorados con la característica retícula bruñida<sup>6</sup>.

En cuanto al cuenco de paredes rectas hallado en 4783 (Fig. 3.3) y al gran vaso de almacén de perfil en S de 4788 (Fig. 3.4), hay que decir que son formas mucho menos características de un horizonte concreto y que se mantienen en uso largamente. No obstante, se puede indicar que las grandes ollas de perfil en S, que adquieren una variada gama de subtipos, están bien representadas en las tablas del Bronce Final andaluz, donde se adscriben a la forma E<sup>7</sup>.

Del silo 4783 procede, por último un fragmento de pared al que se ha adherido un mamelón, elemento al que se pueden aplicar los mismos comentarios que acabamos de hacer sobre los últimos vasos tratados.

2 D. RUIZ-MATA, 1979, 1995.

3 D. RUIZ MATA, 1995, fig. 2.5 (arriba).

4 *Ibidem*, p. 273.

5 *Ibidem*, pp. 269 y 275.

6 M. ALMAGRO-GORBEA y A. MARTÍN, 1995, fig. 21, 3; J. J. ENRÍQUEZ, 1989-90, figs. 3-7.

7 D. RUIZ-MATA, 1995, figs. 11-15.

Hay dos fragmentos del silo 4788 ornamentados con decoraciones impresas e incisas. El más interesante presenta decoración doble de impresiones oblicuas en el labio y unas incisiones también oblicuas pero de sentido opuesto, que se conservan incompletas en la zona del hombro (Fig. 4.1). Como la mayor parte de los recipientes que participan de esta técnicas decorativas, se trata de un vaso de perfil en S de cocción irregular y escasamente cuidado. La técnica de impresiones oblicuas en el labio es también bastante habitual en los niveles del Bronce Final tartésico del Suroeste, prolongándose hasta bien entrada la Edad del Hierro. Están ya presentes en los horizontes onubenses del denominado Tartésico Medio<sup>8</sup>, donde comienzan a mostrar una de sus características más habituales: la asociación a impresiones digitadas en el cuello de las vasijas cerradas que forman el tipo G de Ruiz-Mata y que se extienden principalmente por la fase II, durante la primera mitad del siglo VII<sup>9</sup>. En algunos ejemplos convive con impresiones longitudinales muy próximas a las incisiones del fragmento de Morerías, aunque éstas se conservan incompletas<sup>10</sup>. En Extremadura las impresiones oblicuas en el labio están presentes en los grandes poblados de Alange<sup>11</sup> y Medellín llegando en esta última secuencia hasta niveles del siglo VI<sup>12</sup>. También han aparecido en los estratos inferiores de Cancho Roano, de fecha aún no precisada pero no alejada del siglo V a.C., demostrando su larga pervivencia<sup>13</sup>.

Al segundo fragmento que presenta este tipo de decoración impresa, también como el anterior, un trozo de pared de cerámica tosca, se pueden hacer extensivos los mismos comentarios (Fig. 2.2).

8 J. FERNÁNDEZ, 1988-89, 2, lám. XVIII.

9 D. RUIZ-MATA, 1995, fig. 25.

10 D. RUIZ MATA, 1989, fig. 7.1.

11 J. J. ENRÍQUEZ, 1988-89, fig. 6.5.

12 M. ALMAGRO-GORBEA, 1977, fig. 169.

13 S. CELESTINO y F. J. JIMÉNEZ, 1993, fig. 18, 20.

Del silo 4788 proceden varios pequeños fragmentos de un vaso de paredes curvadas muy delgadas (menos de 2 mm. en la parte más fina) que presentan restos de pintura de color rojo violáceo por ambas caras (Fig. 4.4). La pintura está muy diluida y no es posible reconocer motivo alguno, pero por las características de la pasta, la cocción reductora y el tratamiento pulido recuerda a las producciones de tipo Guadalquivir II, que conocemos directamente a través de unos ejemplares estudiados por uno de nosotros y procedentes de excavaciones de urgencia en Medellín<sup>14</sup>. Se trata de un tipo de cazuelas que caracterizan la fase final del Bronce suroccidental y que encuentran su mejor representación en Huelva<sup>15</sup>, aunque se han hallado fragmentos en el Valle del Guadalquivir. Las formas han sido sistematizadas por D. Ruiz Mata, que las considera en su grupo B, estando los ejemplares de Medellín próximos a los de la fase BII<sup>16</sup>. La cronología que es atribuible a este tipo de decoración se fija en la segunda mitad del siglo VIII, como sustitutas del tipo Guadalquivir I o Carambolo propiamente dicho, que se restringiría a la primera mitad de esta centuria<sup>17</sup>. Cazuelas muy próximas a las de Medellín han sido halladas entre las tierras del túmulo 1 de Las Cumbres correspondientes al momento de su cierre, situable hacia finales del siglo VIII<sup>18</sup>. Sin embargo, la cronología secuencial que hasta hace poco se aceptaba para las cerámicas monocromas del Bronce Final del Suroeste y que establece una primera fase hasta mediados del siglo VIII para el tipo Guadalquivir-I (o propiamente Carambolo) y a partir de esa fecha para el tipo Guadalquivir-II, ha sido puesta en tela de juicio en un reciente trabajo de F.

14 J. JIMÉNEZ y HABA, S. e.p.

15 P. CABRERA, 1981.

16 D. RUIZ-MATA, 1995, fig. 20.

17 D. RUIZ-MATA, 1984-85.

18 I. CÓRDOBA y RUIZ MATA, D., 1995.

Amores. En este trabajo se realiza una revisión de los materiales encontrados por Carriazo en el fondo de cabaña del poblado Alto del Carambolo para, en función del reconocimiento de dos copas griegas y de los paralelos estilísticos del repertorio típico de la cerámica Carambolo, llegar a la conclusión de que ésta debe fecharse en la segunda mitad del siglo VIII. En función de ello, y si mantenemos las cronologías de las cazuelas de tipo Guadalquivir II, que a partir de los hallazgos de Doña Blanca parece lo más aceptable, habría que considerar que ambos tipos son coetáneos, cuando la coexistencia estratigráfica rara vez se produce<sup>19</sup>. En general no existen secuencias estratigráficas donde el material esté representado en cantidad y cualidad suficiente como para dar por zanjado el tema de la cronología de la cerámica pintada en rojo del Suroeste. En este sentido, los hallazgos de Mérida no son mucho más aportadores, pero invitan a creer que el Valle del Guadiana u otros restos, incluso más septentrionales como los de Valcorchero, han de ser incluidos en el discurso investigador acerca de los aspectos cronológicos o culturales que atañen a estas cerámicas, cuando lo más habitual es que se aparten en la mayoría de los razonamientos habidos.

#### *Cerámicas grafitadas*

La novedad más significativa de cuantas aportan los silos prehistóricos de Moreñas es la de la presencia de cerámicas grafitadas (Fig. 3, 5-12). Se han recogido, también en el silo 4788, siete fragmentos dotados con este tipo de tratamiento. Se conserva un solo trozo de borde perteneciendo el resto de los fragmentos a paredes de gran grosor (hasta 12 mm.) La homogeneidad de todo el grupo, caracteri-

zado por la cocción regular a fuego oxidante y el tratamiento alisado con restos de escobilla, permiten suponer que todos corresponden a un mismo vaso de grandes dimensiones y de borde ligeramente vuelto. La decoración del borde se materializa en unas leves pinceladas oblicuas situadas en la parte superficie horizontal del labio, mientras que en el cuerpo se sitúan anchas bandas horizontales combinadas con formaciones angulares.

La cerámica grafitada es un ítem característico de las culturas centroeuropeas del Bronce Final, y en la Península Ibérica se manifiesta en el área en que la influencia de estos pueblos se reconoce de forma más notable, especialmente en el Valle Medio del Ebro<sup>20</sup>. Su producción atraviesa dos momentos distintos, situables, el primero, en torno a los siglos VIII y VII, grupo que cuenta con escasa representación, y el segundo, a lo largo del siglo VI, que ya cuenta con un *corpus* de hallazgos más nutrido. La modalidad más representada es la que cubre la totalidad del vaso con un pigmento gris brillante realizado a base de grafito (de ahí su nombre) imitando el aspecto de los vasos metálicos, siendo más rara la aplicación de esta técnica para formar motivos decorativos. Los motivos suelen ser geométricos y algunas composiciones publicadas no están lejos de la temática que se puede recomponer en el vaso de Mérida, como una vasija del cerro de Sorban (Calahorra, Logroño) que presenta una serie de chevrones rellenos de líneas paralelas enmarcados en dos bandas horizontales<sup>21</sup>.

El carácter excepcional de la decoración geométrica se une a lo excéntrico del hallazgo para incrementar el interés de este tipo de producciones en la provincia de Badajoz. Efectivamente, Extrema-

19 F. de AMORES, 1995. Igualmente implicaría aceptar que el fondo de cabaña del Carambolo es contemporáneo de los niveles inferiores del Poblado Bajo que, en virtud de la presencia de vasos de barniz rojo fenicio de cuerpo esférico debe fecharse al menos desde la segunda mitad del siglo VIII, cuando las diferencias ergológicas o, incluso, urbanísticas entre una y otra zona son bien señaladas, con significati-

vas sustituciones como las de los soportes bicónicos. La magnitud del problema excede las pretensiones de este artículo que, por otra parte no aporta datos que sean en ningún momento aclaratorios.

20 S. WERNER, 1990, mapa 5.

21 *Ibidem*, fig. 32.

dura y todo el Suroeste se hallan desprovistos de esta técnica decorativa si hacemos excepción de un vaso hallado en El Castañuelo (Huelva), de cronología muy posterior<sup>22</sup>. Esta ausencia de restos se podría hacer extensiva a toda la mitad meridional de la península de no ser por los fragmentos hallados en Cástulo (Jaén), que igualmente se fechan en un horizonte del siglo VI y, por tanto, algo más tardío que el que aquí nos ocupa<sup>23</sup>. El contexto de Morería, de cerámicas exclusivamente a mano y con formas documentadas en el Bronce Final tartésico, obliga a adscribir este conjunto de cerámicas grafitadas al grupo más antiguo de los documentados en la Península.

A pesar de lo aislado del hallazgo es difícil pensar en una creación autónoma para este tipo de cerámicas en el Guadiana atendiendo no sólo a la gran personalidad que adquiere en Europa Central sino a la dificultad de encontrar un material como el grafito en un subsuelo fundamentalmente paleozoico como el de Extremadura. En vista de ello parece más viable explicar esta presencia como resultado de contactos que, no necesariamente, implicarían la importación directa de vasijas, de gran tamaño, pues caben dentro de lo posible otras explicaciones, como que circulen los pigmentos junto con las técnicas. Se podría hablar, por tanto, de una producción autóctona, y en este sentido no deja de tener cierto parecido la decoración del borde con las características impresiones de los labios de distribución suroccidental. No hay nada en el aún escaso registro arqueológico del Bronce Final extremeño que induzca a llevar estos contactos al plano del desplazamiento étnico o, mucho menos, a la instalación de agentes no peninsulares, como recientemente se ha hecho, llegándose a hablar de supuestas factorías hallstáticas, (¡incluso en Cástulo!), so pretexto de la aparición de frag-

mentos cerámicos de raigambre septentrional<sup>24</sup>. Bien al contrario, estas relaciones a media distancia pueden entenderse como resultado de la actividad cotidiana de las diversas comunidades que pueblan la Península en la Prehistoria y que pueden vehicularse a través de mecanismos económicos como la ganadería o el comercio de corto y medio recorrido. En este sentido hay que aludir a la existencia de un corredor de relaciones culturales en la misma dirección hacia la que ahora apuntan estas cerámicas grafitadas, es decir, entre el nordeste y el Suroeste de la Península e, incluso, trascendiendo el propio marco territorial ibérico, desde el Calcolítico Final, que se encarnan en vestigios materiales concretos que difícilmente se explicarían desde otras perspectivas distintas de las que aquí estamos proponiendo<sup>25</sup>. Este mismo corredor de influencias NE-SO podría explicar, en sentido contrario, la existencia de elementos igualmente anómalos en la zona aragonesa, como la estela de Luna, o, incluso, yendo más lejos, gran parte de la producción de cerámicas pintadas del cuadrante nororiental de la Península que, aunque no es habitualmente reconocido, guardan un más que estrecho parecido con las cerámicas suroccidentales de tipo Guadalquivir II. La convivencia en una misma unidad estratigráfica como la 4788 de Morerías de ambos tipos cerámicos puede ser reveladora.

## RECAPITULACIÓN

Los silos de Morerías reflejan la implantación en esta zona de un asentamiento humano situable en Bronce Final, en torno a la segunda mitad del siglo VIII, que aprovecharía la fertilidad de la vega del río Guadiana, cuyo curso apenas dista unos metros de estas subestructuras, y la proximidad de un paso vadeable del mismo. Por las características topográficas del terreno cabe pensar en un peque-



22 J. A. PÉREZ, 1991, p. 13.

23 J. M. BLÁZQUEZ y J. VALIENTE, 1980, pp. 399-419.

24 S. WERNER, 1990, p. 121.

25 V. HURTADO y F. AMORES, 1982.

ño poblado abierto similar a los que en este mismo horizonte cronológico y en esta misma región se vienen detectado últimamente, y que junto a enclaves estratégicos y defensivos como el del Cerro de Alange, definen un sistema de poblamiento diferenciado que sugiere una cierta complejidad en la ocupación del paisaje. La propia naturaleza de los silos como depósitos de almacén hace que pensemos en las actividades agrícolas como las principalmente desarrolladas por esta colectividad. La elección del lugar, un valle fértil y llano, también contribuye a pensar en esta línea. La detección de sistemas de almacenaje, testimoniada no sólo por los silos sino por la presencia en su interior de vasos de gran tamaño, muy posiblemente destinados a acumular provisiones, sugieren un cierto grado de estabilidad en la ocupación.

Aparte de la orientación cronológica y funcional, las cerámicas permiten extraer algunas conclusiones culturales. La mayor parte se encuadra en el Bronce Final tartésico, encontrando sus mejores referentes en el Bajo Guadalquivir y, sobre todo, en la zona de Huelva. De este modo tenemos cazuelas carenadas, cerámicas pintadas en rojo adscribibles al grupo Guadalquivir II-S, Pedro II, o cerámicas con decoración impresa en el labio, que son frecuentes en el cuadrante suroccidental de la Península Ibérica. Es el mismo espectro tipológico que caracteriza otros asentamientos de la zona encuadrables en este mismo horizonte. Sin embargo, y junto a ellas, se detecta por primera vez en la región la presencia de cerámicas grafitadas, de estímulo centroeuropeo, que testimonian la existencia de contactos con zonas más alejadas de la Península, como el Valle del Ebro. Estos contactos entre el NE y el SE son de flujo y reflujo y cuentan con otros antecedentes prehistóricos, por lo que no

deben entenderse como consecuencia de amplios desplazamientos de población, sino como resultado de unas prácticas socioeconómicas cotidianas.

De cara a la arqueología del solar urbano de Mérida, tema que aquí nos convoca, tenemos por primera vez testimoniada la presencia de una ocupación efectiva anterior a la época histórica, posibilidad que ya sugerían un elevado conjunto de hallazgos aislados o los resultados de más recientes excavaciones donde el material prehistórico, aunque abundante, aparecía formando parte de los rellenos de época romana<sup>26</sup>. Sin embargo, entre esta ocupación prehistórica y la fecha generalmente admitida para la fundación de la Colonia (el año 25 a. C.) se establece un *lapsus* de casi 700 años de los que no quedan vestigios sólidos. Algunos de los citados hallazgos aislados que se incorporarían a este intervalo son escasamente decisivos: Así, el carrito del Museo de St. Germain, cuyas condiciones y lugar de hallazgo son realmente desconocidas, o el *kernos* cerámico hallado en La Alcazaba<sup>27</sup>, que, a pesar de su enorme parecido con algunas producciones jónicas<sup>28</sup> o chipriotas<sup>29</sup>, encuentra paralelos funcionales en piezas de contexto cronológico y geográfico mucho más cercano al de la fundación Mérida, como una tumba de la necrópolis de Ampurias fechable en el cambio de Era<sup>30</sup>. En suma y, aunque ya no se puede mantener uno de los asertos que cerraba las conclusiones del Bimilenario de la Ciudad, celebrado en 1976, cual era que "en lo que es el solar estricto de *Emerita* puede afirmarse que no existió una población anterior a la romana. La estratigrafía lo demuestra"<sup>31</sup>, podemos seguir afirmando con propiedad que *Emerita Avgvsta* fue fundada *ex novo* por los romanos. No es descartable, empero, que futuros hallazgos puedan alterar esta visión.

26 J. J. ENRÍQUEZ Y M. E. GIJÓN, 1989.

27 J. M. BLÁZQUEZ, 1976, pp. 11-18.

28 H. WALTER, 1990, lám. 106.

29 V. TATTON -BROWN, 1979, p. 66, n.º 197.

30 M. ALMAGRO, 1953, p. 298, fig. 251, 3.

31 A. BLANCO en la discusión a la conferencia de J. M. BLÁZQUEZ. *Augusta Emerita. Actas del Bimilenario de Mérida*, Madrid 1976, p. 18.

-II-  
**LA NECRÓPOLIS DE LAS MAYAS  
(USAGRE, BADAJOZ)**<sup>32</sup>

Como complemento a la presentación de las cerámicas del Bronce Final del Barrio de Morería queremos recoger una serie de datos que aportan luz sobre este mismo horizonte en la provincia de Badajoz, concretamente sobre uno de los aspectos más controvertidos del período: el mundo funerario.

Ni la necrópolis de Las Mayas ni los materiales que en ella se hallaron constituyen novedades dentro de la bibliografía arqueológica extremeña. El yacimiento fue mencionado por primera vez en un breve trabajo firmado por varios aficionados de Usagre y en él ya se hace alusión a la existencia de algún vaso de ofrendas<sup>33</sup>. Posteriormente fue incorporado al repertorio de necrópolis de cistas de la Baja Extremadura elaborado por M. Gil-Mascarell y sus colaboradores y adscrito, como el resto del catálogo al Bronce Pleno<sup>34</sup>. Se trata de un conjunto formado por una veintena de enterramientos de inhumación en cista de piedras. La mayor parte de ellas forman un denso grupo situado en una loma desde la que se domina una gran llanura, pero también se han detectado algunas tumbas aisladas situadas a pocos metros del grupo principal, a la caída de la pequeña elevación en que aquéllas se ubican<sup>35</sup>. No se conoce ningún asentamiento próximo al que pueda adscribirse este cementerio como viene siendo habitual con la mayor parte de los conjuntos de cistas de la provincia.

El lugar ha sido objeto de saqueos y rebuscas desde hace más de 30 años y parece ser que esta actividad continúa en la actualidad<sup>36</sup>. En los años 70 un grupo de aficionados pudo recuperar de entre los restos movidos de algunas tumbas el conjunto de materiales que a continuación estudiaremos. También pudieron realizar algunas observaciones de gran interés como que se trataba de enterramientos de inhumación y que los cadáveres reposaban en posición fetal. La mayoría de las tumbas del grupo principal debían contener tan solo los restos inhumados del difunto y fueron precisamente dos de las que se hallaban apartadas las que proporcionaron los restos arqueológicos<sup>37</sup>. Los materiales en cuestión también han sido publicados aunque en ediciones de circulación muy restringida<sup>38</sup>, razón por la cual nunca han sido referidos en trabajos de síntesis más amplios. Dado su interés estimamos oportuno volver a considerarlos.

#### *Cerámicas*

Se han recuperado cuatro vasos de dos de las cistas de esta necrópolis. En una de ellas, situada a escasos metros del grupo principal, se hallaron los dos recipientes mayores (1 y 2) y en otra bastante más alejada aparecieron los dos más pequeños, al construirse los cimientos de una torreta de conducción eléctrica<sup>39</sup>. Se trata de cerámicas todas ellas elaboradas a mano y sin decoración. Las cocciones son

32 Deseo dedicar la parte que me corresponde de este trabajo a la memoria de la Dra. Milagro Gil-Mascarell, la iniciadora del estudio de las cistas prehistóricas en provincia de Badajoz y con la que tuve el placer de participar en algunos trabajos de investigación durante su estancia en Extremadura. (Javier Jiménez).

33 E. CARMONA y otros, 1976, p. 278.

34 M. GIL-MASCARELL, A. RODRÍGUEZ y J. J. ENRÍQUEZ, 1986, p. 24.

35 J. LARREY, 1992, p. 33.

36 Cuando visitamos el yacimiento con el Sr. Larrey en 1994

contabilizamos un número de 21 cistas abiertas, mientras que en sus notas de los años 70 sólo recoge 16.

37 Deseamos manifestar nuestra gratitud a los señores J. Larrey, A. Valle y M. García que nos proporcionaron toda la información que aquí se resume, nos permitieron acceder al material que conservan en sus casas y nos condujeron hasta el yacimiento.

38 J. LARREY, 1992, pp. 29-35.

39 Siempre según los recuerdos de los Sres. Larrey, Valle y García que en lo sustancial coinciden.



irregulares, de tendencia oxidante y el tratamiento de las superficies varía desde el espatulado, que se aplica sobre uno de los vasos, al alisado somero que presentan los otros tres.

Las formas representadas son las cazuelas de perfil carenado y borde vuelto (Fig. 5.1 y 3), un cuenco de tendencia hemiesférica y base plana (Fig. 5.2) y un pequeño vasito de cuerpo globular y borde entrante (Fig. 5.4).

Ninguna de las tres formas está representada en las tipologías que se conocen para el Bronce Pleno en la región, siendo muy escasas en general en este horizonte en toda la Península las bases planas, que empiezan a desarrollarse en torno al Bronce Tardío y, sobre todo, Final.

La forma de la cazuela carenada de borde vuelto está representada por dos vasijas siendo la menor, por su tamaño, más asimilable al concepto de vaso o taza que propiamente al de cazuela. Esta forma es la que adoptan un gran número de recipientes del horizonte de Cogotas I que se decoran con las técnicas y motivos propios de este momento<sup>40</sup>. Aparte de en la zona Meseteña propia de esta cultura, estos vasos están presentes en algunos asentamientos del Guadalquivir<sup>41</sup>, por lo que entra dentro de lo posible que inspiraran algunas de las formas que adopta la amplia serie de cazuelas carenadas que caracterizan el horizonte del Bronce Final del Suroeste, principalmente algunos modelos del tipo Ab de la ya aludida clasificación de Ruiz Mata, aunque éstas presentan un desarrollo del cuello algo inferior<sup>42</sup>. La misma forma aparece también caracterizando los horizontes del Bronce Reciente en Andalucía Occidental en algunas periodizaciones generales<sup>43</sup>. En los alrededores de Alpiarça, en Portugal, también se han documentado estas cazuelas de base plana y cuello entrante<sup>44</sup>. El

hallazgo tiene el interés complementario de proceder de un contexto funerario, aunque se trata de tumbas de incineración que se fechaban todavía en el Bronce Final. Inicialmente, la práctica de la incineración en esta región portuguesa se atribuyó a estímulos septentrionales, pero el reciente descubrimiento de la intensa colonización fenicia que sufre la fachada atlántica puede contribuir a modificar este punto de vista<sup>45</sup>. En Extremadura esta forma, con las variaciones propias de las producciones realizadas sin el índice de estandarización que provoca el uso del torno, está presente en La Solana de Alange, donde se atribuye a un posible horizonte del Bronce Tardío sólo reconocible a través de hallazgos no estratificados. También en la estratigrafía del Castillo de Medellín existen algunos perfiles de cerámicas grises que se asemejan al de la cazuela carenada de cuello entrante y borde exvasado, fechándose allí en torno al 600<sup>46</sup>. Las otras formas vasculares halladas en las cistas de Usagre, sea por su sencillez o bien por su rareza son mucho más difícilmente encuadrables desde un punto de vista cultural.

Pero es, sobre todo, el contexto metálico de una de estas cistas, que a continuación describiremos, lo que permite un acercamiento cronológico más preciso.

#### *Broche de cinturón*

En la primera de las cistas referidas, la que proporcionó los dos recipientes mayores, se halló además una placa hembra de un broche de cinturón de garfios perteneciente al grupo 3.<sup>º</sup> de las hebillas tartésicas clasificadas por M. Cerdeño<sup>47</sup>. Se trata de una placa rectangular de extremos arrollados que se conserva incompleta. Presenta tres agujeros redondos para los garfios de la placa macho que coinci-

40 M. D. FERNÁNDEZ-POSSE, 1986, fig. 1, nos. 4 y 5.

41 J. C. MARTÍN, 1989, fig. 4.

42 D. RUIZ-MATA, 1995, fig. 6.

43 M. PELLICER, 1989, fig. 2.1.

44 P. KALB y M. HÖCK, 1981-82, pp. 61-69.

45 AAVV, 1993.

46 M. ALMAGRO-GORBEA, M., 1977, fig. 171, 4910.

47 M. L. CERDEÑO, 1981, p. 49.

den con otros tantos listones de sección semicircular unidos a la chapa por dos remaches perfectamente visibles por la cara inferior pero apenas reconocibles en la superior. Los listones se repliegan por debajo de la placa, como es habitual en este tipo de objetos formando unas sujeciones planas que se unirían al cuero. Éstas se han partido pero los fragmentos desprendidos también pudieron ser recuperados en forma de tres varillas planas de extremos redondeados. Se recogió, además una cuarta varilla doblada tal vez perteneciente al desaparecido macho. Las proporciones del cinturón y el hecho de que la mayoría de los broches de este tipo tengan tres agarres animan a pensar en esta solución mejor que a reconstruir una hembra con cuatro listones. Una de las características más interesantes de esta pieza es la decoración que porta por una de sus caras. Está trazada en un fino *zig zag* mediante la técnica que los arqueólogos británicos denominan *a trémolo* y que debe realizarse a base de pequeños golpes de troquel sobre el metal en frío. Los motivos representados son muy simples: líneas horizontales que enmarcan conjuntamente los listones de sujeción y los agujeros de enganche y, en los espacios que quedan entre ellas, líneas quebradas o *zig zags* muy abiertos (Fig. 5.5).

Este tipo de decoración aplicado a broches semejantes se encuentra en las tumbas del Cerrillo Blanco (Porcuna, Jaén) en una serie de sepulturas muy próximas a las que aquí tratamos. En esta necrópolis se hallaron 4 cinturones del grupo 3.<sup>o</sup>, algunos de ellos con idéntica técnica que el de Las Mayas y como él formando motivos geométricos<sup>48</sup>. Se han fechado en la segunda mitad del siglo VII, cronología, a mi juicio, excesivamente baja. También se deben citar un grupo de broches aparecidos con ocasión de unas obras de construcción realiza-

das en las proximidades de Antequera donde esta misma técnica se usa para desarrollar motivos algo más complejos, aunque igualmente geométricos, como triángulos contrapuestos rellenos de líneas paralelas<sup>49</sup>.

La decoración *a trémolo* se aplica también sobre algunos cinturones aparecidos en la Cruz del Negro<sup>50</sup> y en el túmulo B de Setefilla<sup>51</sup> adscribibles a los grupos 1.<sup>o</sup> y 2.<sup>o</sup> de Cerdeño que se vienen considerando cronológicamente anteriores<sup>52</sup>. Esta anterioridad puede verse corroborada por la propia aparición de este tipo de cinturones en el túmulo 1 de Las Cumbres (puerto de Santa María, Cádiz), fechado a lo largo del siglo VIII<sup>53</sup> y, de hecho, la cronología inicialmente propuesta para estas estructuras funerarias de Lora del Río están siendo replanteada en función de los más recientes avances en este campo<sup>54</sup>. Consecuentemente, debemos pensar que los cinturones de Setefilla, de un solo garfio (grupos 1.<sup>o</sup> y 2.<sup>o</sup>), inician en el siglo VIII la tradición de la decoración de motivos geométricos *a trémolo* y que ésta se mantiene durante las primeras producciones de la siguiente generación de broches, de varios garfios (grupo 3.<sup>o</sup>), que se pueden fechar desde principios del siglo siguiente. Serían pues los últimos años del siglo VIII o a los primeros del VII los que ven aparecer estos cinturones de garfios múltiples decorados con motivos geométricos.

A pesar de que se aplica a este grupo de hebillas el epíteto genérico de tartésicos nada hay en ellos que pueda reconocerse como propiamente orientalizante. La propia tipología de los cinturones parece una creación genuinamente local sin precedentes ni referentes funcionales conocidos en la mitad oriental del mediterráneo y la decoración que portan recuerda, todo lo más, a los motivos propios del mundo geométrico, viniendo a incrementar junto



48 J. F. TORRECILLAS, 1985, pp. 56 y 62.

49 F. CHAVES y M. L. DE LA BANDERA, 1994, fig. 3.

50 M. L. CERDEÑO, 1981, fig. 1.

51 M. E. AUBET, 1978, figs. 12 y 32.

52 M. L. CERDEÑO, 1981, p. 49.

53 D. RUIZ MATA y C. PÉREZ, 1989, p. 293, lám. 5.

54 M. BENDALA, 1992, p. 32.

con las cerámicas de tipo Carambolo o algunas otras creaciones como determinados peines de marfil<sup>55</sup>, el repertorio de elementos que permiten definir la existencia un horizonte geométrico en la Península Ibérica a lo largo de todo el siglo VIII a. C.

En el campo de lo material este horizonte geométrico puede entenderse en términos de moda ornamental, pues vemos cómo ya en pleno silo VII las decoraciones de los peines o de los propios cinturones son sustituidas por la temática propiamente oriental constituida por las palmetas, animales fantásticos y demás elementos que caracterizan el arte fenicio de todo el Mediterráneo. En el caso de los cinturones la aplicación de este tipo de decoración, de nuevo con técnica de troquel frío se observa en dos broches excavados por Bonsor en las necrópolis de Las Canteras de Carmona y El Acebuchal<sup>56</sup>, aunque la mayoría de las hebillas de esta generación se presentan lisas. A este momento cronológico de pleno siglo VII corresponden ya los escasos broches de cinturón de garfios hasta ahora documentados en la provincia de Badajoz: los ejemplares de Medellín<sup>57</sup>, Aljucén y Gargáligas<sup>58</sup>, procedentes todos ellos de necrópolis de incineración situadas a lo largo del curso del Guadiana y que están desprovistos de cualquier tipo de decoración<sup>59</sup>.

Hay que señalar que la cohabitación arqueológica de las dos modas decorativas se documenta en la necrópolis del Cerrillo Blanco donde apareció un peine de marfil de temática orientalizante, aunque en una tumba distinta de las que cuentan con cinturones, indicando que no cabe esperar de estos materiales (como probablemente de ningún otro objeto arqueológico de estos horizontes) unas posibilidades de precisión cronológica elevadas.

55 M. GIL-MASCARELL y J. L. PEÑA, 1989 fig. 8.

56 G. BONSOR, 1931, lám. LXIX; W. SCHÜLE, W., 1969, lám. 87, n.º 2.

57 M. ALMAGRO-GORBEA, 1977, figs. 117 y 152.1.

58 J. J. ENRÍQUEZ, 1991, respectivamente figs. 3.2 y 4.6. Éste último ha sido restaurado erróneamente lo que no ha sido

En cualquier caso el conjunto de Usagre, compuesto por cerámicas a mano cuyos paralelos se rastrean principalmente en las tablas tipológicas del Bronce Final del Suroeste, acompañadas de un broche de cinturón decorado con los temas propios del gusto geométrico pero perteneciente ya a un tipo evolucionado que se desarrollará, sobre todo, a lo largo del período Orientalizante, debe situarse, a finales del siglo VIII a.C. o muy a principios del siguiente. Se trataría, entonces, de una cista adscribible al tránsito del Bronce Final a la Edad del Hierro como muy correctamente situara el Sr. Larrey cuando por primera vez valoró estos materiales<sup>60</sup>. Las analogías tipológicas con las cerámicas recogidas en la segunda cista con ajuar inclinan a considerarla de la misma cronología. Sin embargo, hemos de recordar que estas dos tumbas se apartan unos metros del compacto grupo que forman las del resto de la necrópolis, por lo que en principio no sería del todo deseable que unas y otras pertenecieran a momentos diferentes. A partir de aquí nos moveríamos en el terreno de la opinión, pero la ausencia de un asentamiento próximo ocupado en varias épocas o las analogías en el sistema de enterramiento que se observa en todas las sepulturas animan a proponer como mucho más viable la coetaneidad de todo el grupo de cistas de Las Mayas.

## DISCUSIÓN

Somos conscientes de que la calidad del registro que hemos presentado no es la más idónea para asentar criterios firmes en un terreno tan resbaladizo como el de los sistemas funerarios del Bronce Final en el Suroeste ibérico. Tal vez una intervención arqueológica en regla podría verificar lo que hasta ahora sólo a través de simples retazos se

detectado por el editor que lo reproduce tal cual en el dibujo, originando una disposición aberrante.

59 Conocemos la existencia de otro ejemplar de tres garfios procedente de las proximidades de Zafra que se halla en una colección particular.

60 J. LARREY, 1992, p. 29.



dibuja. Lo que hasta ahora tenemos parece indicar que el lugar conocido como Las Mayas, en las proximidades de Usagre fue utilizado como zona de enterramiento durante los últimos momentos del Bronce Final, en el tránsito a la Edad del Hierro, y que el rito usado fue la inhumación en cista en posición fetal acompañada en algunos casos de ajuares, básicamente el mismo esquema que se inicia a principios del II Milenio a. C.

La constatación de este hecho plantea una serie de cuestiones y problemas y añade nuevos elementos de juicio en el tema, enormemente controvertido, de los sistemas funerarios en esta época y en esta región:

- 1) Cuestiona la adscripción sistemática que viene haciéndose de todos los enterramientos en cista hallados en el Suroeste al Bronce Pleno<sup>61</sup>.
- 2) Constata un ritual funerario que incluye la conservación del cadáver y el acompañamiento de ofrendas en un momento y en un territorio para los que últimamente se viene aceptando la puesta en práctica de tradiciones funerarias que no dejan huella arqueológica.
- 3) Se documenta por primera vez en la región un ritual funerario escasamente anterior a las necrópolis de incineración del Guadiana y, sin embargo, muy distinto al que en ellas se practica.

Por lo que al primer problema atañe, el tema es viejo en la historia de la investigación de la Prehistoria del Suroeste y ya Schubart planteó el mantenimiento de unos sistemas funerarios que arrancan en el Bronce Pleno hasta, prácticamente, la Edad del Hierro<sup>62</sup>. La falta de datos objetivos que permitieran ilustrar arqueológicamente y de modo fiable esta pervivencia ha llevado a relegar todo el grupo al

Bronce Pleno, el momento que mejor estaba representado en los escasos ajuares conservados. Sin embargo, existe un importante número de necrópolis donde lo característico o mayoritario es la ausencia de ajuares, situación que se aprecia también en el grupo central del conjunto de Las Mayas, por lo que entra dentro de lo posible que la fechación de estas tumbas sin ajuar esté cronológicamente más abierta de lo que inicialmente se pensaba. La posibilidad de que algunas cistas halladas en el Suroeste pudieran bajarse hasta el Bronce Final ya ha sido apuntada y sostenida con algunos materiales arqueológicos<sup>63</sup>. También a este horizonte se han venido adscribiendo las cistas de Valcorchero, algo más septentrionales, pero asociadas a elementos de estímulo andaluz como las cerámicas de tipo carambollo halladas en las inmediaciones<sup>64</sup>. Los restos de Usagre, sin ser en absoluto definitivos, parecen apuntar hacia la misma dirección: la tradición cultural de enterrar en cistas que arranca en el Bronce Pleno se mantendría sin modificaciones sustanciales hasta rozar la Edad del Hierro. El reciente hallazgo de una cista con un vaso de nerviaciones verticales típico de la fase Sta. Vitoria en Almendralejo (Badajoz)<sup>65</sup> permite pensar que lejos de constituir una variedad local, estas cerámicas marcan un horizonte algo más reciente que el de los cuencos carenados o de borde entrante característicos del Bronce Antiguo, por lo que pueden marcar un jalón más en el mantenimiento de esta tradición. A pesar del carácter "tardío" de los ajuares de Usagre es difícil pensar en un comportamiento de tipo palingenésico para un fenómeno cultural tan bien personalizado como el de las cistas.

Enlazando con el segundo problema sugerido hay que volver a aludir a la necrópolis del Cerrillo Blanco en Jaén, a la que ya hemos hecho mención. En ella encontramos de nuevo un grupo de enterra-

61 M. BELÉN y J. L. ESCACENA, 1995, pp. 102-111; L. GARCÍA-SANJUÁN, 1994, pp. 209-238; M. GIL-MASCARELL, A. RODRÍGUEZ y J. J. ENRÍQUEZ, 1986, pp. 9-41.

62 H. SCHUBART, 1975, p. 164.

63 J. A. PÉREZ MACÍAS, 1983, p. 224.

64 M. ALMAGRO-GORBEA, 1977, pp. 151-159.

65 I. PAVÓN, 1995, fig. 2.5.

mientos de inhumación que, aunque no están propiamente contenidos en cistas, se asemejan bastante a este sistema de tratar los cadáveres, con elementos de coincidencia como la posición fetal o encogida de la mayor parte de los cuerpos<sup>66</sup>. En estas tumbas se recogió el mismo tipo de material metálico que aparece en Usagre por lo que, aunque se sitúan en un área alejada, el fenómeno no se puede considerar como algo excepcional o aislado. La necrópolis de Porcuna presenta algunos elementos más que merecen ser comentados como la parquedad en los ajuares, que no incluyen cerámicas, al igual que hemos visto sucede en numerosas cistas suroccidentales. Además, formando parte del grupo de tumbas se excavó un enterramiento doble en una cámara revestida de piedras<sup>67</sup> que hay que emparentar necesariamente con un conjunto similar publicado por C. de Mergelina en Toya (Jaén), de nuevo sin ajuares cerámicos, pero asociado a una estela decorada con un escudo que permiten situarla en un horizonte cronológico de tránsito entre la Edad del Hierro y el Bronce Final<sup>68</sup>. Estos enterramientos bastan para demostrar que durante el Bronce Final se pusieron en práctica en el Sureste una serie de sistemas funerarios que, debido a razones no siempre aprehensibles, son muy difíciles de detectar. Un fenómeno similar puede proponerse para el Suroeste a partir de las cistas de Usagre, y aquí, entre las razones que dificultan la localización de este tipo de manifestaciones cabe citar la constante disociación entre necrópolis y poblados, la escasa perceptibilidad que las cistas originan (no sólo porque no destacan del terreno sino porque apenas generan "material de superficie"), el escaso control científico que se ejerce sobre los hallazgos casuales etc. Creemos que en este campo cabe esperar más del futuro de lo que comúnmente se viene aceptando. Trasladando el mismo problema de ausencia de manifestaciones funerarias al horizonte turdetano del Bajo

66 J. F. TORRECILLAS, 1985.

67 J. F. TORRECILLAS, 1985, pp. 103-104.

68 C. de MERGELINA, 1944, pp. 13-32.

Guadalquivir, y las hipótesis que este argumento *ex silentio* ha generado<sup>69</sup> resulta inevitable aludir al reciente descubrimiento de la necrópolis de Mesas de Asta en la que se reconoce un importante número de tumbas perteneciente a la Segunda Edad del Hierro<sup>70</sup>.

Nos referíamos a un tercer problema, que surge al constatar un sistema de enterramiento tan ritualmente distanciado de las, sin embargo, cronológica y geográficamente tan próximas necrópolis del Guadiana, que presentan un elevado índice de orientalización. En principio hay que decir que existe un *hiatus* temporal entre la fecha que hemos propuesto para estas tumbas (finales del siglo VIII) y las primeras incineraciones de Medellín que se sitúan en el último cuarto del siglo VII. Es posible que estos tres cuartos de siglo hayan bastado para modificar de forma radical modos de vida y creencias de una sociedad cuando el motor de los cambios es la entrada en contacto con las civilizaciones urbanas de Oriente. Las necrópolis de Aljucén, Medellín o Mengabril no permiten hacer el seguimiento *in situ* del proceso pues no se conocen los sistemas anteriores, pero la uniformidad de los ritos funerarios y la asunción de los mismos por la práctica totalidad de la población enterrada incita a pensar que el proceso de incorporación de los nuevos ritos habría empezado mucho antes y, desde luego, en los yacimientos del Valle del Guadalquivir como Setefilla o Carmona la incineración, asociada e elementos orientales, se remonta al siglo VIII a.C. En esta tesitura de innovaciones el mantenimiento de tradiciones atávicas puede entenderse a través de la presencia de lo que podríamos denominar "nichos culturales" que por razones de diversa índole se mantienen al margen de los cambios que se producen a su alrededor. La existencia de estos impermeables grupos es conocida en todos los procesos de transmisión cultural pero normal-

69 J. L. ESCACENA, 1989, pp. 433-476.

70 R. GONZÁLEZ, F. BARRIONUEVO y L. AGUILAR, 1992, p. 222.

mente ocupan nichos ecológicos de difícil acceso (piénsese en zonas serranas como Las Hurdes) o están mediatizados por algún otro condicionante físico o ideológico (caso de, por ejemplo, de las comunidades *amish* de los Estados Unidos de América). No parece ser este el caso de Las Mayas, capaces de asimilar novedades culturales (que pueden estar materializadas por el broche de cinturón) y emplazadas en un paisaje abierto relativamente próximo al camino de la Plata cuya importancia en época Protohistórica como ruta Norte-Sur ha sido defendida en numerosas ocasiones. Sin embargo es escaso el registro arqueológico que permite conceder tanta trascendencia a este sendero durante el Bronce Final y sobre todo ya en época Orientalizante. Cada vez van siendo más los yacimientos conocidos y los hallazgos aislados hasta ahora considerados como insuficientes para dibujar un mapa coherente van comenzando a tomar cierta significación geográfica. Unos y otros se concentran en las proximidades del Guadiana o sus afluentes: (las necrópolis citadas de Medellín Aljucén Mengabril y Gargáligas; los jarros de La Zarza y Siruela<sup>71</sup>, las cerámicas pintadas de Badajoz<sup>72</sup>...) quedando mucho más desdibujadas las posibles rutas terrestres y en particular la ruta norte-sur. En la confluencia de la vía de la Plata con el propio Guadiana se emplaza justamente el asentamiento de Morerías, objeto de la primera parte de este trabajo, un pequeño poblado sin continuidad temporal aparente que indica la escasa relevancia de este camino en esta época. Ello podría indicar que el fenómeno de orientalización del interior no se realiza a base de ondas concéntricas que a partir de la costa andaluza van barriendo una extensión de terreno continua, sino que se canaliza a través de vías o corredores, fundamentalmente fluviales, en torno a los cuales la intensidad del fenómeno orientalizante es mucho más perceptible. En este panorama el

Guadiana, desde Castro Marim hasta más allá de Medellín debió jugar un papel fundamental como vía de penetración de artefactos y de ideas y como escenario de cambios socio-ideológicos de gran relevancia. Y en este mismo panorama es donde la pervivencia de unos sistemas de enterramiento surgidos a principios del II<sup>o</sup> Milenio en una zona situada entre las vegas del Guadalquivir y el Guadiana que, por esas mismas fechas presentan un grado muy superior de aceptación de las transformaciones culturales surgidas del contacto con Oriente, puede cobrar su sentido histórico.

Aún a la espera de que puedan aparecer más enterramientos adscribibles al Bronce Final en Extremadura (habría que revalorar, por ejemplo, los cráneos hallados en la Cueva de Maltravieso, en Cáceres junto a una lanza de bronce y a unas cerámicas que difícilmente resisten la cronología neolítica que se ha propuesto para ellas<sup>73</sup>) la escasa consistencia del registro hasta el momento argüible podría apuntar hacia la posibilidad de que la tradición de inhumar en cistas constituya ya durante esta época un epifenómeno residual no necesariamente generalizado entre todas las poblaciones que ocupan la región. Por ello la existencia de estas prácticas no ha de ser incompatibles con otras costumbres funerarias distintas, algunas de las cuales, en conexión con los usos de la fachada atlántica europea, podrían conllevar la no conservación de los cadáveres y el enterramiento simbólico de ofrendas funerarias, como recientemente ha sugerido M. Ruiz-Gálvez<sup>74</sup>. No es extraño que grupos humanos de muy variada índole cultural compartan un mismo territorio (o mejor, un paisaje) en unos momentos en que los grados de territorialización apreciable o de homogeneidad cultural esperable deben ser bastante bajos.

Mérida, Diciembre de 1995



71 M. ALMAGRO-GORBEA, 1977, pp. 237-239.

72 F. VALDÉS, 1988, lám. 5.

73 M. I. SAUCEDA y J. CERRILLO, 1987, pp. 45-53.

74 M. RUIZ-GÁLVEZ, 1995, pp. 21-32.

## BIBLIOGRAFÍA

- ACCVSIPP.-*Actas del Congreso Conmemorativo del V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular. Tartessos 25 años después. 1968-1993*. Jerez de la Frontera.
- BSEAA.-*Boletín del Seminario de estudios de Arte y Arqueología de la Universidad de Valladolid*.
- AEspA.-Archivo Español de Arqueología.
- BPH.-Bibliotheca Praehistorica Hispanica.
- CEE.-*Congreso de Estudios Extremeños*.
- CISFP.-*Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos*.
- CPAUAM.-*Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*.
- ExAr.-*Extremadura Arqueológica*.
- HuAr.-*Huelva Arqueológica*.
- MF.-*Madrider Forschungen*.
- REE.-*Revista de Estudios Extremeños*.
- TP.-*Trabajos de Prehistoria*.
- AAVV (1993): Os fénicios no território português. *Estudos Orientais IV*. Lisboa.
- ALMAGRO BASCH, M. (1953): *Las necrópolis de Ampurias I*, Barcelona.
- 1979: "La topografía de Emérita Augusta", *VI CEE*, pp. 115-135.
- ALMAGRO-GORBEA, M. (1977): *El Bronce Final y el Período Orientalizante en Extremadura*, BPH 14, Madrid.
- ALMAGRO-GORBEA, M., y MARTÍN, A. (1995): "Medellín 1991. La ladera Norte del cerro del Castillo", *Castros y Oppida en Extremadura. Complutum Extra 4*, pp. 77-127.
- AMORES, F. de (1995): "La cerámica pintada de estilo Carambolo: una revisión necesaria de su cronología", *ACCVSIPP*, pp. 159-178.
- BELÉN, M., y ESCACENA, J. L. (1995): "Acerca del horizonte de la Ría de Huelva: consideraciones sobre el final de la Edad del Bronce en el Suroeste ibérico", *Ritos de paso y puntos de paso. La Ría de Huelva en el mundo del Bronce Final europeo. Complutum Extra 5*, pp. 21-32.
- BENDALA, M. (1992): "La problemática de las necrópolis tartésicas", *Congreso de Arqueología Ibérica. Las necrópolis*. Madrid, pp. 27-36.
- BLÁZQUEZ, J. M. (1976): "Bronces de la Mérida prerromana", *Augusta Emerita. Actas del Bimilenario de Mérida*, Madrid.
- BLÁZQUEZ, J. M., y VALIENTE, J. (1980): "Cerámicas grafitadas del poblado de La Muela de Cástulo (Linares, Jaén)", *TP 37*, pp. 399-419.
- BONSOR, G. (1931): *An archaeological sketch-book of the Roman necropolis at Carmona*, N. York.
- CABRERA, P. (1981): "La cerámica pintada de Huelva", *HuAr V*, pp. 317-335.
- CARMONA, E., y otros (1976): "Usagre: Informe arqueológico", *REE XXXII*, II, pp. 277-280.
- CELESTINO, S., y JIMÉNEZ, F. J.: *El Palacio-Santuario de Cancho Roano IV-El sector Norte*, Badajoz, 1995.
- CERDEÑO, M. L. (1981): "Los broches de cinturón tartésicos", *HuAr V*, pp. 31-56.
- CÓRDOBA, I., y RUIZ MATA, D. (1995): "Sobre la construcción de la estructura tumular del túmulo 1 de las Cumbres (castillo de Dña. Blanca)", *IV CISFP* (comunicación al congreso).
- CHAVES, F., y BANDERA, M. L. DE LA (1994): "Los broches de cinturón llamados tartesios. Nuevas aportaciones", *Homenaje al prof. J. M. Blázquez I*, Madrid, pp. 139-165.
- ENRÍQUEZ, J. J. (1989-90): "Sobre algunos poblados del Bronce Final de la provincia de Badajoz", *Norba revista de Historia 10*, pp. 41-58.
- 1991: "Los restos de la necrópolis de la desembocadura del Río Aljucén dentro del contexto orientalizante extremeño", *I Jornadas de Prehistoria y Arqueología en Extremadura (1986-1990) ExAr II*, pp. 175-183.
- ENRÍQUEZ, J. J., y GIJÓN, M. E. (1989): "Los restos prehistóricos de la necrópolis romana del Albarregas (Mérida) y el horizonte de las cazuelas carenadas de la transición Neolítico-Calcolítico en la provincia de Badajoz", *REE XXXV*, 3, pp. 81-95.
- ESCACENA, J. L. (1989): "Los turdetanos o la recuperación de la identidad perdida", *Tartessos. Arqueología Protobstórica del Bajo Guadalquivir*, (Aubet ed.), pp. 433-476.
- FERNÁNDEZ JURADO, J. (1988-89): *Tartessos y Huelva*. HuAr X-XI, Huelva.
- FERNÁNDEZ-POSSE, M. D. (1986): "La Cultura de Cogotas I", *Homenaje a Luis Siret*, Sevilla.
- GARCÍA SANJUÁN, L. (1995): "Registro funerario y relaciones sociales en el SO (1500-1100 a. n. e.): Indicadores estadísticos preliminares", *Arqueología en el entorno del Bajo Guadiana*, Huelva, pp. 209-238.
- GIL-MASCARELL, M., y PEÑA, J. L.: "La fíbula «ad occhio» del yacimiento de la Mola d'Agres", *Sagvntvm 22*, pp. 130-142.
- GIL-MASCARELL, M., RODRÍGUEZ, A., y ENRÍQUEZ, J. J. (1986): "Enterramientos en cista de la Edad del Bronce en la Baja Extremadura", *Sagvntvm 20*, pp. 9-41.
- GONZÁLEZ, R., BARRIONUEVO, F., y AGUILAR, L.: "Mesas de Asta, un centro indígena tartésico en los esteros del Guadalquivir", *ACCVSIPP*, pp. 215-222.

HURTADO, V., y AMORES, F.: "Estudio de las relaciones culturales entre el Sudeste francés y La Pijotilla (Badajoz) en el Calcolítico: las pastillas repujadas y el campaniforme cordado", *Habis* 13, pp. 189-211.

JIMÉNEZ, J., y HABA, S. e.p.: "Materiales tartésicos procedentes del solar de Portaceli (Medellín, Badajoz)", *Complutum* 6.

KALB, P., y HÖCK, M. (198-82): "Cabeço da Bruxa, Alpiarça (Distrito de Santarem), Relatório Preliminar da escavação de Janeiro e Fevereiro de 1979", *Portugalia*, 2-3, pp. 61-69.

LARREY, J. (1992): *Crónica de la villa de Usagre*, Usagre.

MARTÍN DE LA CRUZ, J. C. (1989): "El Bronce en el Valle Medio del Guadalquivir", *Tartessos. Arqueología Protobstórica del Bajo Guadalquivir*, (Aubet ed.), pp. 121-143.

MÉLIDA, J. R. (1929): "Mérida", *IV Congrès International d'Archeologie*.

MERGELINA, C. de (1944): "Tugía: reseña de unos trabajos", *BSEAA XXXIV-XXXV*, pp. 13-32.

PAVÓN, I. (1994): *Aproximación al estudio de la Edad del Bronce en la Cuenca Media del Guadiana: La Solana del Castillo de Alange (1987)*, Cáceres.

- 1995: "La Edad del Bronce", *Arqueología en Extremadura: 10 años de descubrimientos*, *ExAr* IV, pp. 35-65.

PELLICER, M.: "El Bronce Reciente y los inicios del Hierro en Andalucía Occidental", *Tartessos. Arqueología Protobstórica del Bajo Guadalquivir*, (Aubet ed.), pp. 147-187.

PÉREZ MACÍAS, J. A. (1983): "Introducción al Bronce Final en el Noroeste de la provincia de Huelva", *Habis* 14, pp. 203-237.

- 1991: *Castañuelo, los orígenes de la Baeturia Céltica*, Huelva.

RUIZ-MATA, D. (1979): "El Bronce Final -fase inicial- En Andalucía Occidental. Ensayo de definición de sus cerámicas", *AEspA* 52, pp. 3-19.

- 1989: "Huelva: un foco temprano de actividad metalúrgica durante el Bronce Final", *Tartessos. Arqueología Protobstórica del Bajo Guadalquivir*, (Aubet ed.), pp. 209-243.

- 1984-85: "Puntualizaciones sobre la cerámica pintada tartésica del Bronce Final -Estilo Carambolo Guadalquivir I-, *Homenaje al prof. Gratiano Nieto I*, *CPAUM* 11-12, pp. 225-243.

- 1995: "Las cerámicas del Bronce Final. Un soporte tipológico para delimitar el tiempo y el espacio tartésico", *ACCVSIPP*, pp. 265-313.

RUIZ-MATA, D., y PÉREZ, C. (1989): "El túmulo 1 de la necrópolis de «Las Cumbres» (Puerto de Santa María, Cádiz)" *Tartessos. Arqueología Protobstórica del Bajo Guadalquivir*, (Aubet ed.), pp. 287-295.

RUIZ-GÁLVEZ, M. 1995: "Depósitos del Bronce Final: ¿Sagrado o profano? ¿Sagrado y a la vez profano?" *Ritos de paso y puntos de paso. La Ría de Huelva en el mundo del Bronce Final europeo. Complutum Extra* 5, pp. 21-32.

SAUCEDA, M. I., y CERRILLO, J. (1987): "Notas para el estudio de las cerámicas de la Cueva de Maltravieso (Cáceres)", *Actas de las primeras jornadas de Arqueología do Nordeste Alemtejana*, pp. 45-53.

SCHUBART, H. (1975): *Die kultur der Bronzezeit in Südwesten der Iberische Halbinsel*, Berlín.

SCHÜLE, W. (1969): "Die Meseta-Kulturen der Iberischen Halbinsel", *MF* 3.

TATTON BROWN, V. (1979): *Cyprus BC (7000 Years of History)*, Londres.

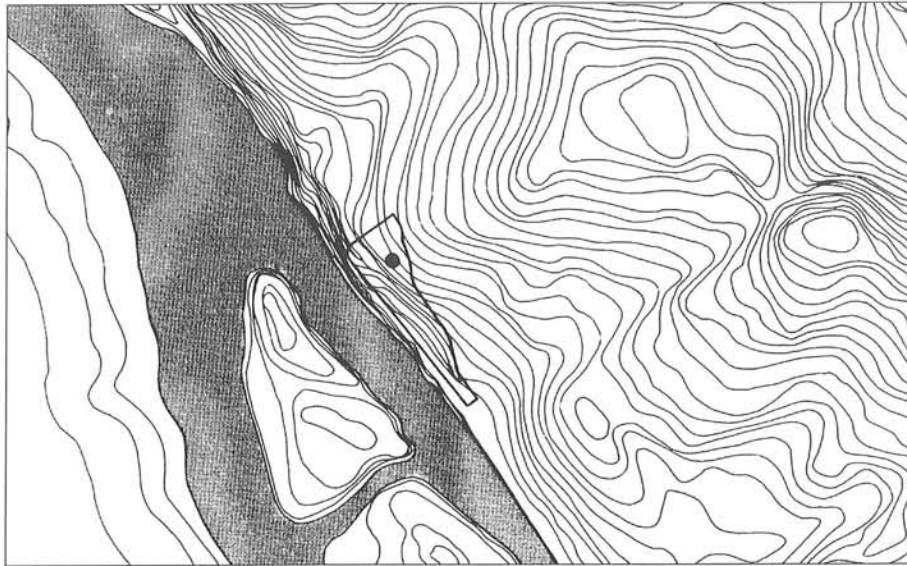
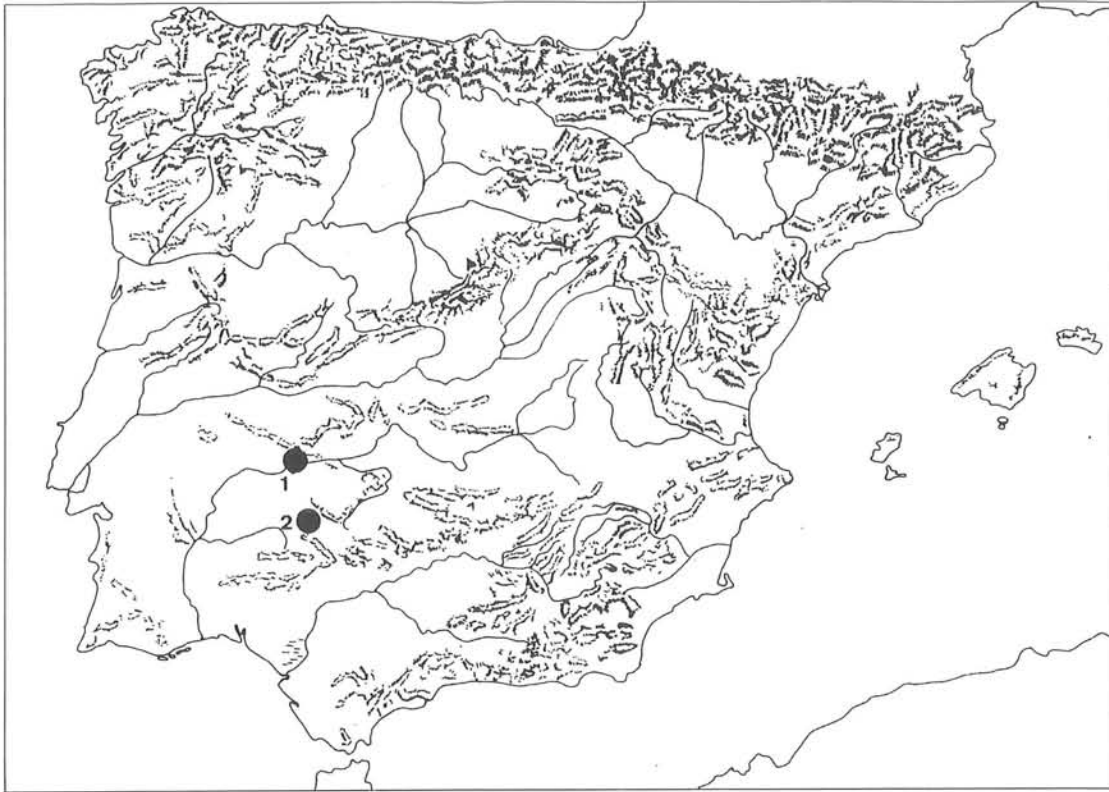
TORRECILLAS, J. F. (1985): *La necrópolis de época tartésica del «Cerrillo Blanco» (Porcuna - Jaén)*, Jaén.

VALDÉS, F.: "La Alcazaba de Badajoz", *ExAr* 1, pp. 263-277.

WALTER, H. (1990): *Das Griechische Heiligtum dargestellt am Heraion von Samos*, Stuttgart.

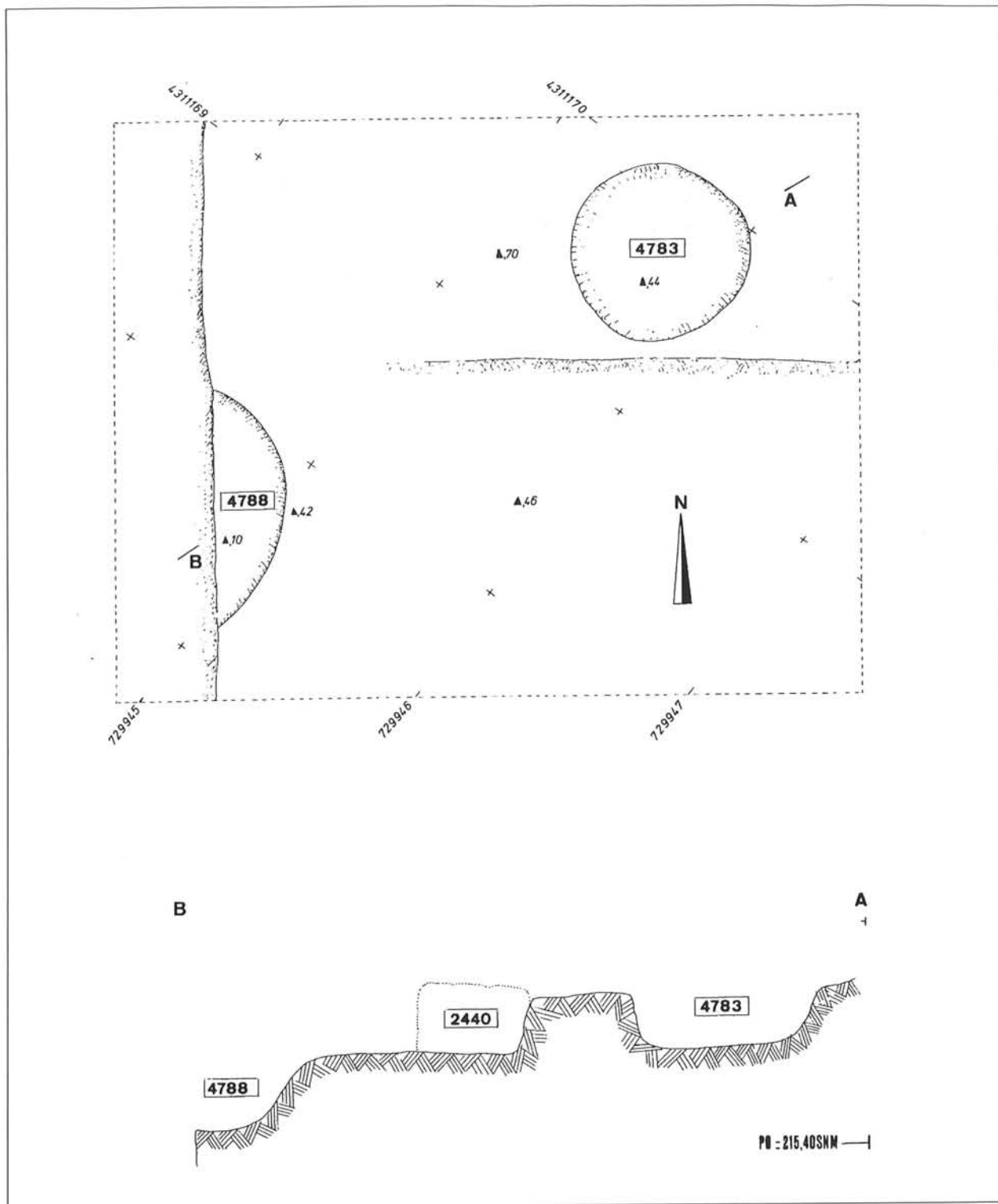
WERNER ELLERING, S. (1990): *La cerámica pintada geométrica del Bronce Final y de la Primera Edad del Hierro*, Madrid.



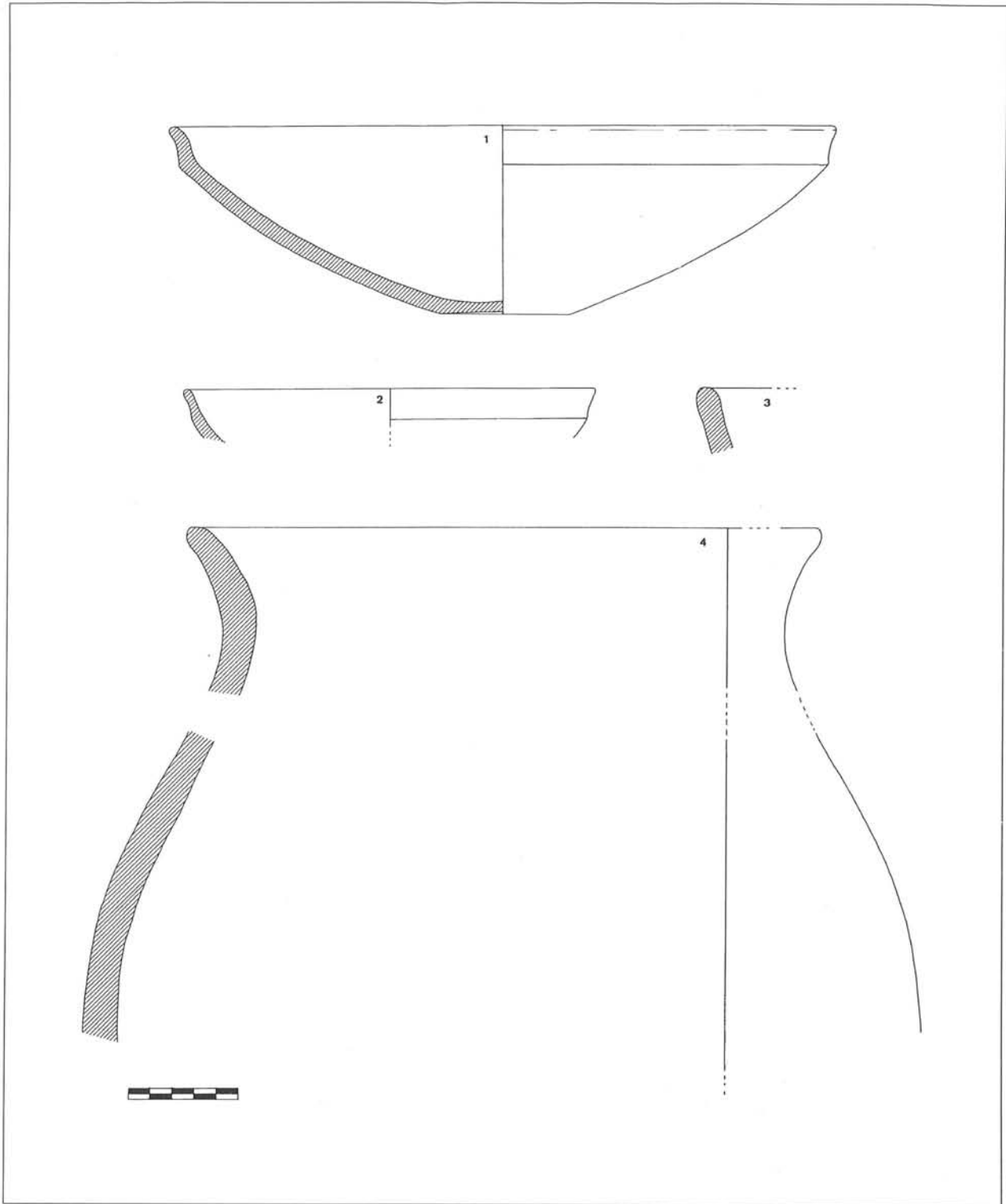


**FIGURA 1**

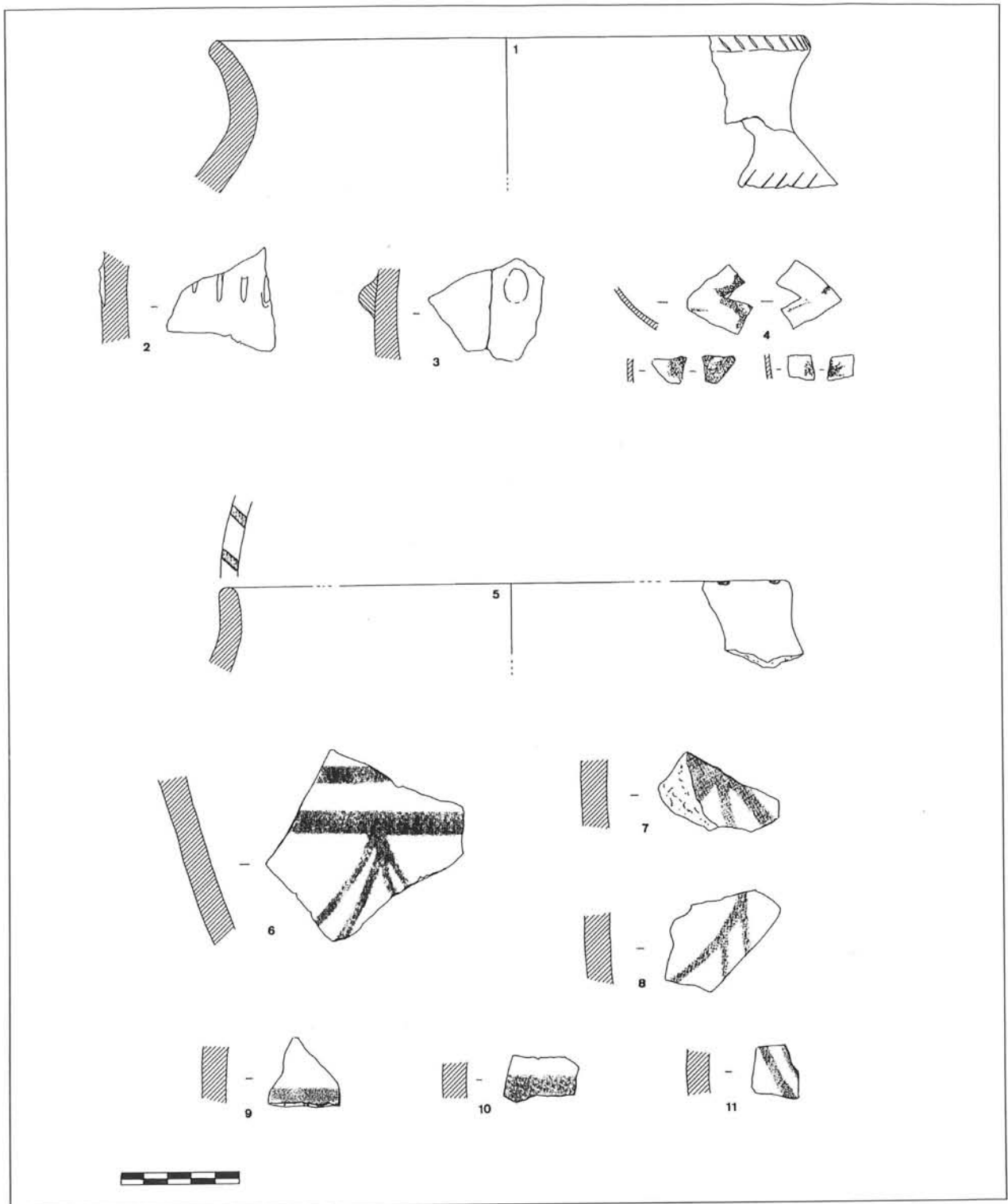
- a) Situación de los yacimientos estudiados en el texto: 1. Mérida. 2. Usagre.  
 b) Situación de la zona de los silos de Mérida en la topografía publicada por J. R. Mérida (1929). Se indica el contorno del solar de Morería. Isohipsas a un metro.  
 Escala aproximada 1:12.000



**FIGURA 2**  
Planta compuesta y sección de los silos prehistóricos de Morería

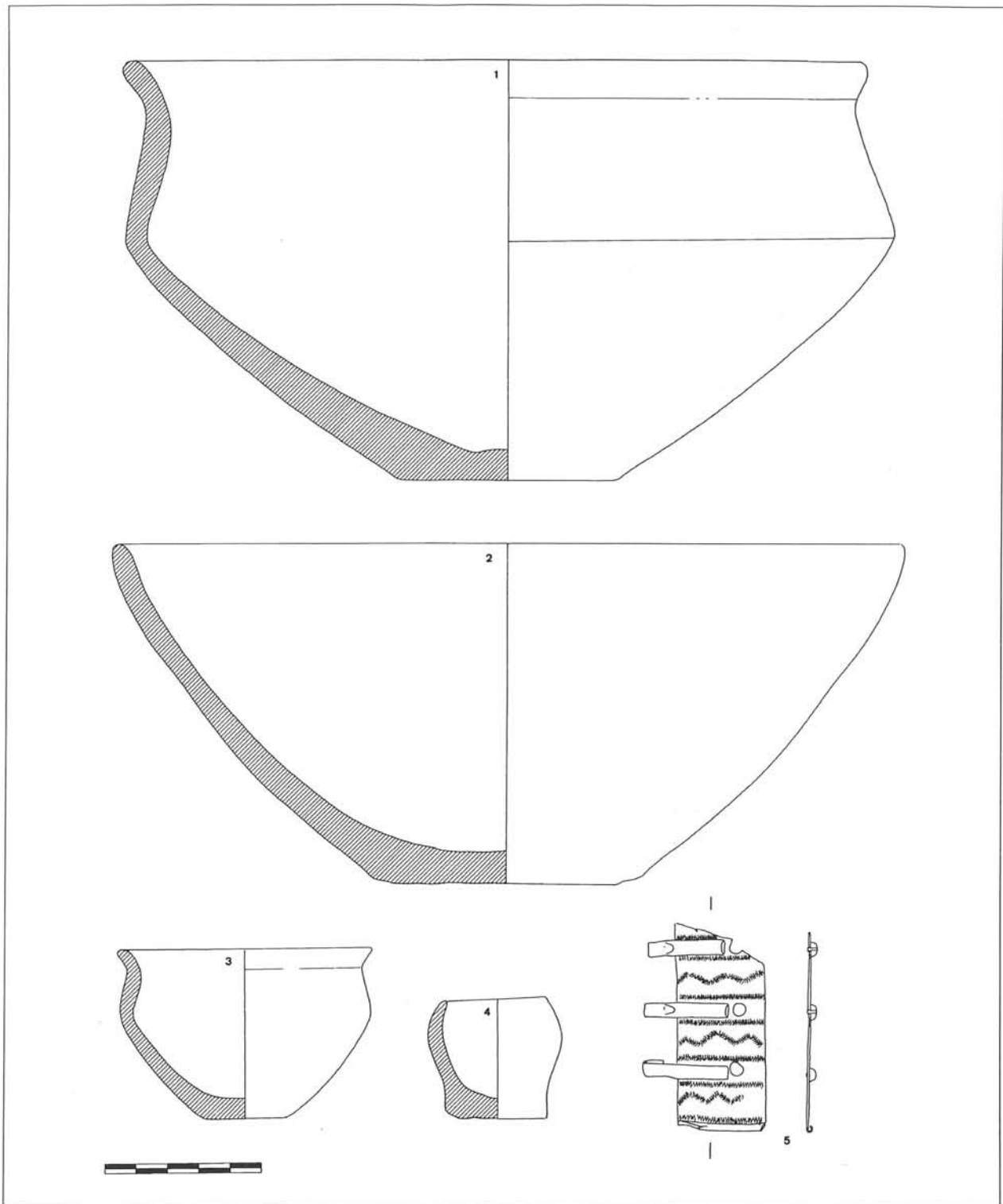


**FIGURA 3**  
Materiales de los fondos prehistóricos de Morería (Mérida):  
cerámicas a mano lisas



**FIGURA 4**

Materiales de los fondos prehistóricos de Morería (Mérida): cerámicas a mano con decoración impresa (1 y 2); mamelón (3), cerámica a mano con restos de pintura roja (4) y cerámicas a mano con decoración grafitada



**FIGURA 5**

Materiales de Las Mayas (Usagre): cerámicas a mano (1-3) y pieza hembra de un broche de cinturón de bronce con decoración a trémolo



**LÁMINA I**

1: Fondo de silo 4788. 2: Fondo de silo 4783.